

La soga en casa del ahorcado



Isaac Felipe Azofeifa

Tenía yo interés en leer un artículo de Enrique Benavides en que nos ampliara sus ideas sobre lo que él llamó *socialización del libro*. Que nos explicara qué relaciones tiene con el *realismo socialista* la idea de la Editorial Costa Rica de ofrecer libros en los Estancos del Consejo de Producción. Que nos explicara afirmaciones como aquella de “esto es plebeyizar el libro en lugar de cultivar al pueblo”, o aquello de que “hay algo *equivoco* en esta original y briosa política de la Editorial Costa Rica por socializar a diestro y siniestro la cultura”. Que explicara, en fin, por qué calificó el propósito de acercar más el libro al pueblo, de “veleidades de tipo ideológico e idolatría de la masa que ahora cautiva a muchos intelectuales valiosos llenos de buenos propósitos que miran hipostásicamente al campesino y al obrero despojándolos así de su auténtico valor humano”.

Claro que para fundamentar su oposición a la medida, Benavides hizo primero su definición de cultura como “entretenimiento o quehacer de minorías”. Estas minorías estarían compuestas por un pequeño grupo de creadores y un grupo privilegiado de lectores porque “el goce de estas cosas presupone una virtud que nace con el hombre; se trae desde la cuna; no lo da Salamanca, ni se logra tampoco “con el milagro que anuncia desde hace más de un siglo el socialismo”. Y luego explica que aunque el socialismo nivela a fuerza de “dictadura implacable” reverdece ahí el fenómeno de las minorías selectas, que sobresalen en un mar de hombres vulgares adscritos a las tareas más primarias de la vida y destinados, en el mejor de los casos, a una felicidad vegetativa y al goce natural de la existencia que a la larga pueda que sea el más real y auténtico, porque, como el cordero de Barba Jacob, al pacer no más, ajusta su ser a la eterna armonía”.

Precisemos. Benavides dice que el libro “despoja al campesino y al obrero de su auténtico valor humano al mirarlo hipostásicamente”. Hipostasiar es concebir como *persona* el obrero, al campesino. Al hipostasiarlo, se le saca de su esencia. Esta afirmación concuerda con la otra según la cual, “las minorías selectas sobresalen de un mar de hombres vulgares destinados a una felicidad vegetativa y al goce natural de una existencia que a la larga, pueda que sea más real y auténtica, porque como el cordero de Barba Jacob, AL PACER NO MAS ajustan su ser a la eterna armonía”. Esta es lo que yo he calificado de tesis elitista y aristocratizante de la cultura.

He citado y subrayado lo fundamental del artículo de Benavides para que el lector busque dónde puede estar la “desnaturalización dolosa del texto, mis malas artes, mi fanatismo senil” todas estas, algunas de las lindas expresiones que me dedica bajo el título de “Intemperancia socialista”. Lo que ha sucedido es que yo titulé mi artículo *El libro en la democracia*, con el fin de mostrar cómo Benavides, que se reputa como el editorialista más distinguido de la oligarquía de La Nación, venía a ponerse en contradicción con todo lo más valioso de nuestra historia republicana, que es la celosa defensa del principio liberal de oportunidades para todos. Para mí, como para cualquier hombre culto, socialista o no, nadie despoja al obrero y al campesino de su auténtico valor humano si se le mira “hipostásicamente”, es decir, como *persona*, al llevar el libro hasta él. Todo lo contrario. Para mí, además, concebir la sociedad, —como lo hace Benavides— dividida en una minoría culta y una masa cuyo destino es el del ganado, “que al pacer no más, ajusta su ser a la eterna armonía”, —a pesar de los distinguos que Benavides se apresura a hacer,— todo esto es firmar la escritura de venta de la conciencia del escritor a la mayor gloria de quienes pagan sus artículos de La Nación.

En su nuevo artículo, ya ha cambiado el tono hacia la Editorial Costa Rica. Ahora esta realiza una “benemérita labor de la cual sólo quiso señalar una arista”. Pero su primer artículo señalaba “algo de *equivoco* (es decir, de doble intención), en esta original y briosa política de la Editorial Costa Rica por socializar a diestra y siniestra la cultura” Esto era “tomar el rábano por las hojas y plebeyizar el libro en lugar de cultivar al pueblo”. Ahora atenúa el ataque y dice simplemente que “no le pareció bien el estilo de *promover popularmente el libro*”. Menos mal. Ha desaparecido la palabra *socializar*. Ahora aprovecha para hacer una genuflexión ante el Director de la Editorial, agradeciéndole el tono decente, inteligente, comedido, consciente, lleno de dignidad, con que éste se refirió a la salida de tono del columnista.

Cogido por mi artículo en sus propias redes, Benavides entonces se revuelve y llena su columna de La Nación del domingo 13 de alusiones a mis condiciones personales, que supone que han de herirme, y que nada tienen que ver con el problema que discutimos. Que mi socialismo es reciente? Hay libros ya sobre historia contemporánea costarricense que cuentan mi militancia social—demócrata desde hace treinta años. También le molestan mis sesenta años alertas, que me permiten comprender el mundo en que vivo porque no sufro esclerosis intelectual. Le molesta que, como muchos costarricenses de este momento, al ver que nuestra democracia tradicional se deteriora y vira más y más hacia la derecha, me haya puesto como escritor a la tarea de alertar a los jóvenes sobre la facistización inminente del país mientras los medios de comunicación al servicio de la clase dominante le suministran diariamente la droga de una democracia formal y falsa. Respecto de un nimio incidente con el Decano de la Escuela de Derecho, le remito a un breve comentario mío en Cartas a la Columna (viernes 22 de noviembre de 1968), con el título a *A confesión de parte . . .* pues el Decano me había dado la razón de mis críticas en reciente conferencia. Finalmente, le duelen a Benavides mis premios, viajes, becas, o ediciones de la Editorial Costa Rica. Qué le vamos a hacer!

Y para colmo, vuelve a llamarme pequeño—burgués, lo mismo que nos llamó a los del Centro de Estudios de Problemas Nacionales cuando él era miembro del Polit—buró comunista (con su voto en este organismo del partido, según contaba Calufa, se anuló la elección de Ulate). Lo que bien se aprende, no se olvida.

Y con todo esto, a mí me parece que eso de hablar de intemperancia socialista, refiriéndose a mi artículo *El libro en la democracia*, no es más que mentar la soga en casa del ahorcado.